

pretendiendo que la guerra se sostenía con la guerra. Tomó en trescientos días cuatrocientas ciudades ó pueblos que hizo dismantelar en el momento. Llevó inmensas riquezas al tesoro público; vendió al embarcarse su caballo de batalla, con el fin, según decía, de escusar al fisco el gasto de transporte. Hacía á pié todas las marchas, llevando él mismo sus armas y seguido de un solo esclavo cargado con algunas provisiones. Obtuvo los honores del triunfo; pero no bien depuso sus victoriosas insignias, cuando partió como simple tribuno á hacer la guerra á Antioco el Grande; confesó el general deberle la victoria de las Termópilas, y fué el encargado de llevar la noticia á Roma.

Mientras que los romanos admiraban tanto á Grecia, no cesaba Catón de rebajarla, por un exceso de orgullo nacional. No quiso nunca estudiar su literatura; y si más tarde leyó las obras de Tucídides y de Demóstenes, fué solo para juzgarlas severamente. Parecía Sócrates un hablador turbulento, que agitaba á su patria con peligrosas innovaciones. Censuraba á Isócrates de dejar envejecer á sus discípulos en su escuela, hasta el extremo de que cuando salían no podían perorar más que en los Campos Eliseos. Reñía á su hijo porque estudiaba los autores griegos, y le causaban horror los médicos de esta nación, pretendiendo que era su idea hacer salir de este mundo á todos los bárbaros, incluso los romanos. Más que nada detestó su elocuencia, principalmente desde que había venido carneado á Roma en calidad de embajador, habló un día en favor de la justicia, expresándose en sentido opuesto al día siguiente.

Puede conjeturarse por lo que sigue, el irreconciliable enemigo que encontrarían en él las innovaciones romanas. «Los ladrones privados son azotados ó cargados de cadenas, al paso que los ladrones públicos están cubiertos oro y púrpura. Temblad por los males que el porvenir nos prepara. Salvemos las delicias de la Grecia y del Asia; han tomado nuestras manos los tesoreros de los reyes; dueños de tantas riquezas, pronto seremos sus esclavos. Al traernos Marcelo las estatuas de Siracusa, ha introducido entre nosotros enemigos peligrosos; nada espero de gente que admira el mármol y el cincel de Corinto y de Atenas,

»menospreciando nuestros dioses de arcilla;» propuso leyes suntuarias, censuró á muchos personajes, llegando al extremo de deponer á un senador que se había dejado ver de su hija en el momento que acariciaba á su mujer.

Si su infatigable actividad tenía por móvil el patriotismo, se veía también excitada por una animosidad personal. Desde la época en que era cuestor Sicilia, había acusado á Escipión el Africano por ostentar un lujo excesivo, y por imitar mucho á los griegos. Despidióse éste, diciendo: «No sabría qué hacer con cuestor tan exacto; tengo que dar cuenta de mis expediciones, pero no de lo que éstas cuestan.» No echó en olvido esta frase, y elegido censor, pidió á los Escipiones minuciosa cuenta de cuanto se había hecho en la guerra contra Antioco. Se podía decir con verdad, que la habían dirigido á su albedrío y por su cuenta, llevando las hostilidades cabalmente al punto no decretado por el pueblo, y dictando los tratados de paz según su conveniencia, ¿quién sabe las sumas que habían arrancado del Asia y de los sucesores de Alejandro enriquecidos con los despojos del mundo? Citado Escipión como acusado de malversación de los caudales públicos, escucha su acusación, sube á la tribuna, y dice:—*Romanos, en este día he vencido en Africa á Anibal y á los cartagineses con el favor de los dioses, subamos al Capitolio para darles gracias y rogarles os den siempre cuerdillos que se me parezcan.* Entonces todos, pueblos, tribunos, jueces, acusadores le siguieron al Capitolio; triunfo más señalado que todos los demás, porque el vencido no era Anibal ni Sifax, sino más bien la santidad de las leyes republicanas.

Habiendo en seguida los tribunos entablado acusación contra su hermano Lucio, les arrancó de las manos los registros públicos y los hizo pedazos, diciendo:—*Yo no daré cuenta de 4.000.000 de sestercios, yo, que he hecho entrar 200.000.000 en las arcas del tesoro, sin reservarme otra cosa que el sobrenombre de Africano.*

Aquellos eran los últimos suspiros del heroísmo patricio. Obligado desde entonces á ceder á la voz preponderante del pueblo, se retiró Escipión en destierro voluntario á Linterna, donde no le inquietaron los tribunos, pero de donde no le llamaron ya nunca. Murió allí (183),

y quiso que se inscribiera sobre su sepulcro: «*Ingrata patria, no poseerás mis huesos.*»

Seguióse la sumaria contra su hermano á propuesta de los tribunos Petilio y Nevio, apoyada por Catón, y adoptada por voto unánime de las treinta y cinco tribus. Se juzgó que Lucio Escipión había recibido de Antioco, á fin de obtener condiciones más favorables, seis mil libras de oro, y cuatrocientas ochenta de plata, además de lo que había hecho ingresar en el tesoro (185); que Hostilo, su enviado, había recibido cuatrocientas libras de oro y cuatrocientas tres de plata, y el cuestor Cayo Turio ciento treinta libras de oro y doscientas de plata. ¡Tan lejanos estaban los tiempos de Fabricio y de Cincinato! La pobreza de Escipión, que no se halló en estado de pagar la multa, pareció demostrar su inocencia, pero el golpe iba dirigido á la aristocracia. Alentóse más Catón á continuar sus investigaciones, á las que nadie podía sustraerse después de la condenación de los Escipiones.

Pero cuando una república se halla en manos de un cuerpo como el Senado de Roma, poco importa que cambien los personajes; el puesto del que cae lo ocupan otros al punto. ¿Cómo podía esperarse, por otra parte, una mejora en las costumbres privadas, cuando los ejemplos de corrupción provenían de las costumbres públicas, cuando la severidad censorial no impedía á Catón obrar con la astucia de una política inmoral, cuando la cábala, la intriga, la traición, la violencia, hollaban ó eludían el derecho de las naciones? Dos enemigos, Anibal y Filipo, eran siempre asunto de recelo para Roma, pues conocía que, mientras estuvieran vivos, habría que temer de continuo una coalición general. Contemplaba, pues, á Antioco, á Rodas, á la Arcaña, á Eumeno, y hacia que los más insignificantes pasos de Anibal fuesen espías, siempre infatigable en suscitara enemigos. Prusias, rey de Bitinia, había dado acogida á aquel gran capitán, y debió á su genio la victoria obtenida contra Eumeno. Roma envió entonces cerca de Prusias á Flaminio, libertador de Grecia, para intimarle que le fuese entregado Anibal, que solo envenenándose pudo verse libre de sus eternos perseguidores, en el mismo año en que su vencedor moría en Linterna. *Libertemos á Roma, dijo, de tan gra-*

ve cuidado, puesto que se retarda tanto la muerte de un viejo á quien tanto aborrece. Pero Flaminio hubiera alcanzado una victoria infame, indigna de sus antepasados, que advertían en Pirro un enemigo amenazado de veneno. El triunfo de los romanos sobre un anciano inerme, les cubrirá de oprobio en la posteridad.

CAPITULO XXII.

Los hebreos.

Cuando el gran Ciro rescató á los hebreos de la servidumbre permitiéndoles dejar á Babilonia y volver á su patria, muchos de ellos, que durante los setenta años de destierro se habían establecido allende el Eufrates y habían adquirido propiedades, no quisieron cambiar las fértiles llanuras de la Mesopotamia por las devastadas lomas de la Palestina, aun cuando fuese su patria. Por eso hallamos con posterioridad á esta época á los hebreos esparcidos en la Siria, en la Persia y en la Caldea, en mucho mayor número que en la populosa Palestina. Entre los extranjeros continuaban viviendo según sus leyes nacionales bajo un príncipe del cautiverio, asistido de un sanhedrin, y celebraban sus fiestas religiosas en épocas determinadas.

Cerca de cuarenta mil personas de las tribus de Judá, de Benjamin y de Leví, volvieron á Jerusalem á las órdenes del gran sacerdote Josua y de Zorobabel, vástago de los antiguos reyes hebreos (536). La prosperidad de la nueva Jerusalem halló trabas en sus disensiones con los cutesos, medos y persas, trasladados á aquel país por Salmanasar, cuando arrancó de allí á sus moradores, y que habiéndose mezclado con los indígenas formaron la población samaritana; ésta seguía la ley de Moisés, pero difería de los hebreos en algunos artículos de fé, lo cual les impidió ponerse de acuerdo para restablecer la nacionalidad con auxilio de la comunidad del culto. Hasta erigieron los samaritanos un templo particular en la cima del monte Garitzim cerca de Sichem, de modo que los dos pueblos llegaron á mirarse recíprocamente con aquella animosidad nacional y religiosa que, lejos de amortiguarse con el tiempo, sobrevivió á la pérdida de la libertad y de la patria.

Cuanto estuvo á su alcance hicieron los sa-

Samaritanos para impedir la reconstrucción del templo de Jerusalem; decían á los reyes de Persia que mandaran consultar los anales de los reinos precedentes, donde encontrarían pruebas de que los hebreos, pueblo perverso y turbulento, negarían los tributos y les harían perder la soberanía del país no bien cobraran alienación. Con efecto, primeramente bajo Cambises (529), y luego bajo Esmerdis (522), obtuvieron ordenes en que se les prohibía reconstruir el templo; pero al fin, en el reinado de Darío, hijo de Histaspas, fué reedificado sin nuevos obstáculos, y fué consagrado el altar con el sacrificio de cien becerros, de doscientos carneros, de cuatrocientos corderos y de doce cabras (520). Una magnificencia mucho mayor se había desplegado en la erección y consagración del templo, en el tiempo en que libre y sana la Judea florecía bajo el reinado de Salomón; pero el profeta predijo á los ancianos que deploraban tamaña diferencia, que el nuevo templo superaría al antiguo porque vería la salvación de Israel.

Tornaron sucesivamente á Jerusalem otros hebreos; tales fueron los que condujo Esdras, descendiente de Aaron, que enviado por el rey de Persia para reorganizar el gobierno de los hebreos, los llevó de Mesopotamia el dinero procedente de las ofrendas del rey y de sus compatriotas (478). Se aplicó á hacer revivir la ley de Moisés, caída en olvido ó en desuso, recogiendo con esmero para restablecer el código sagrado, los fragmentos sueltos, tanto de boca de los ancianos como de las copias que habían sobrevivido, en lo que pudieron ayudarle los profetas Aggeo, Zacarías y Malaquías y la inspiración divina. En la copia que de él hizo sustituyó al antiguo carácter hebreo la escritura griega, más cómoda y más gallarda. Inventó las vocales, los puntos y el massrah; escribió también la historia de los acontecimientos de su tiempo.

Haciendo uso de la autoridad con que había sido investido por la Persia, puso término al escándalo de los matrimonios mistos, persuadiendo á los hebreos que renunciaran, en conformidad con la ley, á las mujeres extranjeras; puso asimismo término á las profanaciones del culto y le regularizó con sujeción á la antigua costumbre.

Después de trece años fué reemplazado por Nehemías, que llevó otros judíos á Palestina, y rodeó á Jerusalem de murallas, donde reunió la población esparcida hasta entonces en el campo (445).

Habían regresado, pues, á su patria cerca de setenta mil hebreos. Acaeció entonces lo que á la India en el siglo pasado, cuando una vez conquistado y pacificado el país por los ingleses, los habitantes de los campos á quienes las guerras intestinas habían obligado á buscar refugio en lo interior de las tierras, dejando desiertos cantones enteros, volvieron á ocupar sus casas y sus campos, como sino hubiera interrumpido su posesión ningún acontecimiento. Algun tanto se había alterado la lengua hebráica durante una residencia tan larga entre los extranjeros; hasta las creencias habían perdido de su pureza, resolviéndose en prácticas minuciosas, en sutilezas sobre cuestiones de palabras. No obstante, las vicisitudes padecidas habían firmado la esperanza del reparador prometido por los profetas, aun cuando se engañasen no queriendo ver en él más que un conquistador, llamado no sólo á libertarles, sino á hacerle dueños del mundo.

Pobre de hechos la historia que nos queda de los hebreos en esta época, se compone de alteraciones introducidas por el pueblo en el culto y en los usos, de reformas predicadas por los profetas ó preceptuadas por los ministros de Persia, de discusiones con éstos, y querellas con los samaritanos, cada vez más contagiados de paganismo. Dependían los hebreos de los sátrapas de Siria; pero á medida de que declinaba el poderío de Persia, adquirían mayor autoridad los sumos pontífices, como acaeció con los obispos de la Edad media, de tal modo que figuraron al fin como jefes de la nación.

Los persas mantuvieron en paz á los hebreos, y éstos por gratitud sostuvieron á los reyes, especialmente á Darío Codomano. Cuenta Flavio Josefo, que al sitiarse Alejandro Magno á Tiro pidió subsidios á los hebreos, quienes se los negaron como obligados á guardar fidelidad á Darío, y que irritado por aquella negativa, marchó contra Jerusalem (332). Pero el sumo pontífice Jad, se adelantó á su encuentro con la pompa de sus vestiduras pontificales, y le mostró que los profetas de su nación se habían

ocupado de él mucho tiempo antes. Tanta majestad asombró al rey macedonio, y refirió que antes de su expedición se le había aparecido un hombre vestido de igual manera, quien le había exhortado á emprender sus conquistas. Olvidando, pues, su cólera dejó en paz á los judíos, autorizándoles para gobernarse por sus propias leyes, y aun eximiéndoles del tributo los años sabáticos. De aquí resultó que se alistaron en su ejército muchos judíos, como habían servido otros en las filas de Jerjes. Secundaron los samaritanos enérgicamente á Alejandro contra Tiro y en Egipto, lo cual les valió la exención por siete años. Este rey restableció á muchos hebreos en su nueva ciudad de Alejandría, donde les otorgó la libertad religiosa é inmunidades iguales á las de los macedonios: tuvieron un etnarca para ser gobernados, para que juzgara sus diferencias, se ocupara de los intereses del comercio, diera las órdenes é hiciera ejecutarlas, como podía verificarlo el jefe de un reino consolidado.

Después de Alejandro, participó la Palestina (324—167) la misma suerte de la Fenicia y de la Celesiria, caídas bajo la dominación de los reyes de Siria (312). Ptolomeo I asedió á Jerusalem, y sabiendo que los hebreos no empleaban el sábado, eligió este día para acometerles. Tomó su ciudad, y cien mil de ellos fueron trasladados á Alejandría; algunos penetraron más adelante de Africa hasta Cirene y en Etiopia.

Ménos fieles observadores de la ley jurada, los samaritanos se inclinaban al partido del más fuerte, lo cual les puso en actitud de prosperar y de edificar á Sichern, capital suya. Según sus creencias no hay más que un Dios, quien envió á Moisés, cuyos libros son las únicas reglas de fe, y no las profecías, ni la tradición, ni la historia. No puede diferirse la circuncisión como hacen los hebreos, sino que debe ser practicada á los ocho días del nacimiento. A diferencia de éstos, nunca se casan dos veces, y jamás se desposan con sus sobrinas; hacen una ablución después del acto conyugal, y después de toda accidental mancilla. Observan al sábado tan rigurosamente, que ni aun siquiera encienden lumbre, ni tocan á sus mujeres, ni salen de su casa más que para ir á la sinagoga. Su mayor solemnidad es la Pascua, luego la de Pentecos-

tés, la fiesta de los tabernáculos y el gran ayuno de la expiación; pero no ofrecen sacrificios más que en la cima del Garitzim. Su gran sacerdote reside en Sichern, y descendiente por una sucesión no interrumpida de Ruz, hijo de Fineo. Debía ser el texto más auténtico el Pentateuco conservado por ellos; pero los críticos señalan pasajes alterados de intento. Como la antigua lengua hebráica era familiar á pocas personas, tenían para el uso ordinario una versión griega, probablemente la única de que habían oído hablar los primeros cristianos.

Aun cuando la ley mosaica se había conservado intacta en la primera sinagoga, no la habían alterado poco en su aplicación los setenta años de cautiverio. Habían cesado los jubileos, interrumpiéndose también las solemnidades y las penitencias; la gerarquía sacerdotal había sido modelada con arreglo á la de Babilonia, y la cábala ó tradición, atestada de ritos y de opiniones caldáicas, se había introducido en el culto. En el tiempo de la vida patriarcal se aplicaba la ley por el padre de familia, á la vez juez y sacerdote: bajo el gobierno nacional se convierte en ley parlante, activa más que especulativa, eficaz, sin fórmulas, separando los jueces de los sacerdotes, siempre clara por estar enlazada á la vida y gravada en las almas; por el culto; mas una vez suspendida por el cautiverio fué menester devolverla á su antiguo imperio, hacerla comprender á generaciones que no estaban habituadas á ella, ingerirla de nuevo en las costumbres públicas.

De aquí se derivó el escrúpulo por observar la letra; interviniendo allí el espíritu de anarquía de los griegos, fué alterada la interpretación, lo cual dió origen á muchas sectas. Los justos, que no querían admitir más ley que la escrita, se dividieron después en samaritanos, en caraitos, y con especialidad en saduceos. Antígono, hijo de Soco, presidente de la sinagoga, enseñó que no se debía servir á Dios por temor ni por esperanza, sino solamente por amor y por respeto. No elevándose Sadoc, su discípulo, á la nobleza de este pensamiento, supuso que su maestro había entendido que no había premios ni castigos más allá de esta vida, que bastaba la justicia positiva de la ley escrita, que no había ángeles, ni inteligencias superiores, ni resurrección de los cuerpos. Esta doc-

trina fué adoptada por los hebreos más ricos. Los caraitos, que admitían una remuneración posterior, se separaban algo de ella. Tenían estas doctrinas en contra á los asideos, ó religiosos aspirantes á mayor perfeccionamiento, divididos en esenios y fariseos. Pretendían los fariseos, es decir, los separados, que Moisés, independientemente de la ley escrita, había recibido del ángel Raziel una ley oral que transmitió á Josué, éste á los ancianos del pueblo, los ancianos á los profetas y éstos á los miembros de la gran sinagoga. Esta tradición ó cábala explicaba las cosas secretas para la muchedumbre, el verdadero sentido de las ceremonias, de las profecías, de los enigmas. Sabían por ella que existía un Creador, un destino, una providencia, concurriendo á determinar la voluntad del hombre, dejándole, no obstante, en libertad de decidirse por el bien ó por el mal; que le toca la recompensa ó el castigo en el otro mundo, donde continúa viviendo el espíritu hasta que se viste de nuevo el cuerpo destinado á la resurrección. Según su doctrina, podía preservarse el hombre de los castigos, observando estrictamente el ayuno, con las limosnas, las abluciones, los sacrificios, las plegarias, que también son eficaces para la otra vida. Haciendo más de lo que la ley exige, también se logra un tesoro de mérito, de que puede luego disponer á su gusto. Su símbolo era: *Sed lentos en juzgar, multiplicad el número de los discípulos, rodead la ley con un cercado*. Por eso recorrían la tierra y los mares con objeto de hacer prosélitos.

Señalábanse además por sus particulares vestiduras, por cierta ostentación de autoridad en su existencia y por una arrogante facundia en que desmentían su pretensión de hablar en nombre de Dios, la sutileza de ideas, la estrechez de miras, la superfluidad de un puntilloso esmero. Pero como cada vez se hacía más inevitable el contacto con los extranjeros, y el derecho nacional insuficiente en ciertos puntos, creyeron los fariseos rodear la ley con una barrera, multiplicando las prácticas exteriores. Llevaban en la frente y en las muñecas filácteros, ó si se quiere bandas de pergamino más anchas que los demas, franjas más largas en sus mantos; algunos hasta clavaban allí espinas con el objeto de que sus punzadas les trajesen á la

memoria el deber de invocar á Dios. Nunca entraban en su casa sin lavarse desde el codo hasta las puntas de los dedos, y cuanto les pertenecía estaba purificado con sumo cuidado. Añadían á las prescripciones de la ley un gran número de obras supererogatorias, descuidando las de la caridad. Tenía una alta opinión de ellos el pueblo, que se aficiona á las cosas exteriores; de este modo degeneraron en facción, en política, y perturbaron todo el período de los Asmoneos. Jesucristo les censuraba por su hipocresía, pues sostenían que poseedor el hombre del libre albedrío, no debe juzgarse de la moralidad según las disposiciones interiores, sino con arreglo á las prácticas exteriores; no según una ley subjetiva, sino en virtud de una ley objetiva.

Parece que los esenios nacieron entre los hebreos refugiados á Egipto y á los confines del desierto, donde les dispusieron á la vida monástica el infortunio y la pobreza. Habiendo llegado allí á su noticia las doctrinas orientales y griegas las mezclaron con las doctrinas mosaicas hasta formar una secta distinta, que también se subdividió en dos fracciones; la primera especulativa y la segunda práctica en un todo. Filon nos da á conocer su modo de vivir y sus principios. Refutando la tradición como los saduceos, creyendo como los fariseos en la inmortalidad del alma, mirando la ciudad con hastío, vivían en los campos, se abstendían de todo tráfico, desterraban la servidumbre y no acumulaban riquezas; comiendo en comunidad, vestían blanco ropaje, cuya propiedad no pertenecía á nadie, poniéndoselo cada cual cuando le tocaba. Sus casas estaban abiertas á todo el que llegara á sus umbrales y vivían siempre juntos. Abstendíanse del matrimonio y se ocupaban de la educación de los hijos de los demas; respetuosos á los ancianos no mentaban, ni juraban, guardaban silencio acerca de sus misterios, que no eran más que la moral escrita en la ley.

Cuando fuera llegada la hora debían dar aquellos gérmenes excelentes frutos al cristianismo; mientras que los fariseos, cambiados en facción dominante aceleraban la ruina de la nacionalidad de los judíos, de que se proclamaban fervientes defensores.

Aquellos que se titulaban á sí mismos tra-

dicionalistas (*taunains*) son llamados escribas ó fariseos en el Nuevo Testamento. Eran los miembros de una sinagoga, que á diferencia de la primera, fundada por Esdras, dedicándose exclusivamente á recoger y á revisar el texto canónico del Antiguo Testamento, se aplicaba á explicarlo y comentarlo; se transmitía la doctrina por tradición oral y declaraba apostata á todo el que no reconociera en las controversias la autoridad de su maestro. Como se presentaban en la vida civil muchos casos capaces de ser decididos por la ley mosaica, elegían á los escribas más sábios para tomar asiento en clase de asesores en todas los tribunales de justicia.

Queriendo también Ptolomeo Filadelfo enriquecer su biblioteca con los libros sagrados de los judíos de que le había hablado Demetrio de Faleria, se dirigió al Sanhedrin para proporcionarse personas capaces de traducirlos; en recompensa se obligó á restituir la libertad á los judíos que había hecho prisioneros. Ascendían á ciento veinte mil almas, y el tesoro de Ptolomeo gastó para rescatarlos 460 ó 660 talentos, según el diferente guarismo indicado por Aristeo y por Josefo, que narran este hecho. Envió, pues, el rey de Egipto embajadores con presentes para el sumo pontífice Eleazar, quien accedió de buen grado á su demanda, y le dirigió una copia en letras de oro de los libros santos, que debían presentarle setenta y dos delegados, igualmente versados en el conocimiento del griego y del hebreo. Ptolomeo los acogió con grandes atenciones y se prosternó siete veces hasta tocar la tierra ante el manuscrito sagrado.

Trató opíparamente por espacio de siete días á aquellos sabios extranjeros, declarándoles que consideraba su llegada como uno de los más faustos sucesos de su reinado. En seguida fueron llevados á la isla de Faros, donde Demetrio había mandado construir expresamente para ellos un magnífico edificio. Pusieron manos á la obra, trabajando desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde, volvían en seguida á la ciudad donde asistían á un banquete servido á expensas del rey. Cuando se presentaba alguna dificultad en la traducción se discutía en asamblea general, y á medida que adelantaba la obra, se dirigía una

excelente copia á Ptolomeo; terminóse en setenta ó en setenta y dos días.

Filon añade á este hecho otras circunstancias milagrosas; en su sentir, cada uno de los sesenta intérpretes trabajó aisladamente, y luego cuando se cotejó su trabajo se halló que había tan perfecta igualdad en las contradicciones que ni en una sílaba discrepaban una de otra. San Justino mártir añade haber visto las celdas en que habían sido encerrados separadamente por orden de Ptolomeo. Epifanio, que vivía hácia mediados del siglo III, ha conservado la supuesta carta que dirigió Ptolomeo á los hebreos para obtener aquella versión de sus libros.

Dice que las celdas eran treinta y seis y recibían la luz solamente por arriba; cada pareja de intérpretes tenía para traducir un libro, y cuando estaba acabado lo transmitía á la pareja siguiente, de modo que cada libro era traducido treinta y seis veces; trabajaban desde la aurora hasta la tarde; se les llevaba entonces de dos en dos al palacio, donde cenaban con Ptolomeo; luego se les encerraba en aposentos separados hasta el día siguiente por la mañana en que eran conducidos nuevamente á sus celdas. Acabada la traducción se dió lectura de ella á presencia del rey y de treinta y seis personas, mientras tenía el original otro individuo y fué extremada la satisfacción del rey al advertir su exactitud extraordinaria.

Aún podríamos contar otras muchas fábulas de la misma especie, acumuladas en derredor de un hecho tan esencialmente sencillo y que se reduce probablemente á esto. Siendo cada vez más extraños á su idioma natal los hebreos que residían en Egipto, desearon poseer una traducción de los libros santos. Hízose, pues, con la solemnidad escrupulosa que requería un código sagrado; revisáronla con esmero los setenta miembros del sanhedrin, constituido en Alejandría según el modelo del de Jerusalén. En memoria de aquella traducción auténtica los hebreos helénicos instituyeron una fiesta anual en que iban procesionalmente á Faros, mientras que los hebreos judaizantes la miraban por su parte como una obra sacrilega y la expiaban con un ayuno cada año. Sea como quiera así fueron conocidos los libros sagrados hasta por los gentiles, antes de que las profe-